

Augusto Iglesias

El Goethe de mi otoño

(Continuación)

Al punto el diablo tomó la forma de un hombre joven y hermoso y entró en la alcoba de Justina,, que se encontraba en el lecho, y se metió audazmente en el lecho con ella y quiso abrazarla. Cuando la virgen lo vió, reconoció que era el espíritu malo, se santiguó como antes y al momento se fundió el diablo como cera, Y entonces el diablo, con permiso de Dios, la atormentó con fiebres ardientes y matando muchos hombres y animales hizo propagar, por medio de los poseídos, que una gran mortandad asolaría la Antioquía si Justina no consentía en aquel matrimonio. Y todos los habitantes de la ciudad que estaban enfermos acudieron a la puerta de los padres de Justina, clamando para que la hicieran casarse para librar de este modo a la ciudad de un gran peligro. Pero Justina no quiso consentir en ello de ninguna manera, y, por esto, todos la amenazaban de muerte. Al séptimo año de aquella mortandad rogó por los enfermos y cesó la epidemia. Y cuando el diablo vió que no triun-

fababa por ningún medio, se transfiguró bajo la forma de Justina para manchar su reputación, y burlando a Cipriano se alababa de haberle llevado a la virgen que deseaba. Fué, pues, el diablo a buscar a Cipriano bajo la forma de Justina, y quiso abrazarle, como si estuviera inflamada de amor por él. Y cuando Cipriano le vió creyó que era Justina, llenóse de alegría y dijo: «Bienvenida seas, Justina, la más bella de todas las mujeres». Y en seguida que Cipriano nombró a Justina, el diablo no pudo sufrir aquel nombre, y al oírlo se desvenció como el humo. Y cuando Cipriano se vió engañado de esta suerte, permaneció muy triste y se sintió más enamorado de Justina que nunca, y veló mucho tiempo la puerta de la virgen, y a veces se cambiaba, merced a sus conocimientos de la magia, ya en mujer, ya en pájaro, para permanecer a la puerta y esperarla. Acladio se cambió también, por sortilegio, en un gorrión, y fué a posarse en la ventana de Justina; y en cuanto le vió reconoció a Acladio bajo la forma de aquel gorrión, y entonces éste experimentó tal espanto que no podía ni huir ni moverse. Y Justina, temiendo que cayera y se matase, envió a un individuo para que lo cogiera por medio de una escala, y le recomendó que no persistiera en semejante demencia, por temor a exponerse, como mago, al rigor de las leyes. Y todas estas cosas sucedían por causa de las ilusiones del diablo. Y cuando el diablo se vió vencido en todas sus artimañas, volvió a Cipriano y se mostró confuso ante él. Y Cipriano le dijo: «¿No estás vencido? ¡Cuán débil es vuestro poder, puesto que no podéis vencer a una virgen y no tenéis ningún dominio sobre ella; al contrario, triunfa de vosotros y os derriba lastimosamente! Dime, te lo ruego, ¿de dónde procede tan gran fuerza como tie-

ne?» Y el diablo le dijo: «Si me juras que no te apartarás de mí, te mostraré la virtud donde radica su victoria». Y Cipriano dijo: «¿Por qué he de hacer ese juramento?». Y el diablo contestó: «Júrame por mi poder, que es grande, que no te apartarás jamás de mí». Y Cipriano dijo: «Te juro por tu poder que no me apartaré jamás de tí» Y el diablo, ya tranquilo, añadió: «Esa virgen hace el signo del Crucificado y en seguida nos vemos derribados, perdemos todo nuestro poder, nos fundimos como la cera en el fuego». Y Cipriano le dijo: «Según eso, ¿el Crucificado es más poderoso que tú?». Y el diablo le contestó: «Ciertamente, es el Señor de todos, y él nos echará al cabo a nosotros y a todos aquellos a quienes engañamos, en el tormento del fuego eterno». Y Cipriano dijo: «Entonces quiero ser amigo del Crucificado, con objeto de no incurrir en semejante castigo». Y el diablo le dijo: «Me has jurado por la fuerza de mi poder, que nadie puede perjurar, que nunca te apartarías de mí». Y Cipriano le replicó: «Te desprecio a ti y a tu poder, que no sois más que humo, y renuncio a ti y a todos los diablos y me proveo del signo de salvación del Crucificado». Y al punto huyó el diablo todo confuso. Entonces Cipriano fué a ver al obispo. Y cuando el obispo le vió, creyó que iba para inducir a error a los cristianos, y dijo: «Conténtate, Cipriano, con los que están fuera de la fe; nada podrás contra la Iglesia de Dios, porque el poder de Jesucristo nadie puede vencerlo». Y Cipriano le dijo: «Estoy seguro de que la virtud de Jesucristo es invencible». Y entonces contó lo que le había sucedido, y se hizo bautizar por manos del obispo. Y después de esto, hizo grandes progresos en la ciencia y en la virtud; tanto, que cuando el obispo murió fué ordenado, y colocó a la bienaven-

rada Justina en un monasterio, y fué abadesa de una gran comunidad de vírgenes. San Cipriano enviaba entonces epístolas a los mártires y los animaba en medio de sus sufrimientos. Y a oídos del gobernador de aquel país llegó la fama de Cipriano y de Justina y los hizo comparecer en su presencia, y les preguntó si querían sacrificar; y como se negaran, los hizo meter en una caldera llena de cera hirviendo, de pez y de grasa fundida; y únicamente sintieron fresco agradable allí dentro y salieron sin padecer el más pequeño daño; y el sacerdote de los ídolos dijo al gobernador: «Manda que yo me coloque delante de la caldera y venceré todo su poder». Y entonces se puso delante de la caldera y dijo: «Grande es el dios Hércules y Júpiter, padre de todos los dioses». Y en seguida surgió el fuego de debajo de la caldera y aquel sacerdote murió abrasado. Y entonces sacaron a Cipriano y a Justina y cayó sobre ellos sentencia de condenación; fueron decapitados juntos y sus cuerpos arrojados a los perros. Permanecieron expuestos durante siete días, y al cabo de ellos fueron trasladados a Roma. Y ahora, según se dice, reposan en Placencia. Y sufrieron la muerte en sexto día de las calendas de octubre, el año doscientos ochenta de Nuestro Señor, bajo Diocleciano.

* * *

Cornelio Agrippa.—No con olor a santidad como en la leyenda de la Vorágine recién transcrita, sino con hedor a laboratorio de alquimista es la biografía espeluznante de Enrique Cornelio Agrippa de Mettesheim.

Los latinos llamaban—«Agrippa» al niño que nacía de pie (1) Desde antiguo ha sido creencia muy común que las personas llegadas al mundo de esa manera, son ahijados de la diosa Fortuna. Pero en el nombre de Cornelio Agrippa, tal augurio debe considerarse incuestionablemente fallido. La historia de los hombres de valer nunca fué pródiga en bienes perecederos o en mundano boato; pero al término de la jornada, no faltan en esas vidas eméritas los remansos de paz, los oasis de clara alegría cordial, en los cuales se refugian por breves o largos lapsos, antes que se hunda en el ocaso el sol de sus días. Nada de eso ocurre en el destino de Cornelio Agrippa. En su medio siglo de existencia—nace en Colonia en 1486 y muere en Grenoble en el año 1535—una estrella adversa preside su destino, una estrella negra, como los soles de la melancolía de que hablara Gerardo de Nerval.

Agrippa era de una familia aristocrática. Por su parentesco con muchos personajes pudientes de su patria, tuvo abiertas desde joven las perspectivas de un envidiable porvenir; pero aun lo que estos vínculos de la sangre no hubieran podido conferirle, él lo habría conseguido, no obstante, gracias a la magnífica constitución de su cerebro, abonada de claro e incisivo razonamiento. Estas superioridades le dan pronta fama, franqueándole las puertas de hombres poderosos en la Europa de aquellos tiempos. Lector incansable, alquimista, médico, sus conocimientos son en tal forma extraordinarios para su época que, a semejanza del dios Hermes, llaman *trismegisto*, esto es «tres veces grande».

(1) Contracción de las palabras *aegritudo* (dolor) y *pes* (pie).

Habiendo entrado de muchacho en relaciones con el emperador Maximiliano, éste le nombra poco después su secretario en campaña. En ese carácter Agripa corre junto a su soberano los riesgos y vaivenes de la guerra. Aquí, en el campo de batalla, da muestras, además, de tener un coraje a toda prueba. Por estos servicios Maximiliano le otorga el título de Caballero.

¿No era ese acaso el rumbo de su triunfo?

Pues bien, un día, disgustado por cualquier motivo, abandona el servicio del Emperador para estudiar jurisprudencia y medicina. Divide su tiempo en asistir a esas cátedras y en polemizar con todo el mundo. Pero, entretanto, «en Dole riñe con los franciscanos, en París y en Turín con los teólogos y en Metz con los jacobinos, por haberse opuesto a la opinión, muy en boga entonces, de darles tres esposos a Santa Ana». Esto lo hace rodar por aquí y por allá, sin saber a punto fijo quién o quiénes lo empujan por la pendiente que día a día se hace más dramática para su destino de trotamundos. Inglaterra, Alemania, Suiza, Francia, lo ven cruzar de ciudad en ciudad, de villa en villa, firme en la diestra el bordón de peregrino.

En una de esas peregrinaciones es introducido en Lyon a la corte de la Regente de Francia, Luisa de Saboya, madre de Francisco I. Luisa lo nombra su médico. Aburrido, con deseos de zafarse cuanto antes de la vida cortesana, le predice a la Regente los reveses que sufrirá. Luisa monta en cólera y lo destierra a los Países Bajos. Pero a consecuencia del escándalo formado por su libro sobre la *Vanidad de las ciencias*, allí le meten en prisión. Declarado sin culpa en el proceso que le siguen, apenas queda libre, en lugar de buscar un punto de Europa que le de seguro refugio

enfila rumbo a saldar la cuenta atrasada que tiene con Luisa de Saboya. Con tal fin apenas arriba a Lyon, escribe un panfleto en contra de su antigua protectora naturalmente vuelve otra vez a sentir sobre su cuello la garra policial.

No hay en su tiempo escritor filósofo más virulento y amargado. Gana prestigio de tener pacto con el Diablo, y, como es feo en extremo, los niños en la calle, le gritan y befan. El desasosiego que produce su extraña figura en la psicología supersticiosa de la masa popular, crea en torno suyo un círculo de fuego. Absurdas historias corren de boca en boca, acusándolo de maleficio. Se dice que en sus viajes paga a los mesoneros con moneda fuerte, buena al parecer, pero que a poco andar se torna en cascajo o fichas de cuero. También le imputan contubernios horribles y algunos deslizan hasta la idea de algunos crímenes ocultos que habría cometido en su práctica de la magia...

En efecto, asegurábase que mientras enseñaba en Lovaina uno de sus discípulos, leyendo un libro de conjuros, fué estrangulado por el Demonio. Agrippa, temeroso de que sospecharan de él, ya que el hecho había ocurrido en su casa, mandó al espíritu maligno que entrase en el cuerpo de su víctima y diese algunas vueltas por la plaza pública, dándole tiempo para que él también saliera de ella y facilitándole, con esa exhibición, la coartada. El diablo obedeció y después de dar siete u ocho vueltas por la plaza, moviendo mecánicamente el cuerpo yerto, se escapó por una oreja del difunto, el que cayó a plomo en medio de la multitud. De esta manera el asesinato demoníaco pasó por una muerte repentina.

Asimismo los monjes echaron a correr sobre él que

un grupo de discípulos suyos habían sido despedazados por el Demonio en el laboratorio donde Agrippa acostumbraba realizar sus experiencias ocultistas. Basándose en esa fábula, Roberto Southey refiere en una de sus baladas que el alquimista escribía con sangre y las hojas las fabricaba con la piel de sus víctimas:

*The letters were written with blood therein
And the leaves were made of dead men's skin (1).*

El odio religioso de que le hacen objeto se transforma en aquellos tiempos de intransigencia colectiva en un desprecio casi unánime. Rabelais nos da la medida de esa inquina bárbara al hablar de la visita que Panurgo le hace al malquisto sabio a la isla Bouchart. En esa invención Cornelio figura con el nombre de Her Trippa. «—Yo seré por las fiebres cuartanas—le dice Panurgo luego de escuchar su horóscopo—lo que eres tú, viejo loco y repulsivo. Ved aquí al verdadero Olus de Martial, cuyos estudios se dirigían a ver y conocer los males ajenos mientras su mujer tenía gálico. Vámonos: dejemos aquí a este loco rabioso compartir toda su sal con sus consejeros los diablos. Yo no creía que los diablos se avinieran a servir a un bergante como éste. Ignora hasta el primer principio de la filosofía que dice: *Conócete a ti mismo*. Se alaba de ver una arista en el ojo ajeno y no ve un grueso tronco que tiene delante de los dos suyos. Es como el *Polypragmon* que describe Plutarco. Es otro Lamia que en las casas extrañas, en público, veía como un

(1) «Las letras eran escritas con sangre... y las páginas hechas con piel de muertos».

lince y en su casa era más ciega que un topo; en su casa nada veía, porque al volver de fuera se quitaba de la cabeza sus dos ojos postizos como gafas y los guardaba en un sueco colgado detrás de la puerta de su habitación» (1).

El clérigo Andrés Thevet afirma que era público y notorio que Agrippa estaba iniciado en la más fina y execrable magia. «Era tan diestro—dice—que con sus manos gotosas y corvas acaparaba tesoros que muchos valientes capitanes no podían ganar con el ruido de sus armas ni el furor de los combates» (2).

Otro demonógrafo del siglo XVII, Pedro Delancre, sostiene que Agrippa aunque escribió muchas páginas sobre la magia negra, «jamás confesó que había tenido comercio con el Demonio, y que la magia y la brujería (descontando los maleficios) consistían únicamente en algunas artimañas de que se vale el espíritu maligno para engañar a los ignorantes (3).

Nadie, en el siglo, creyó, sin embargo, en la inocencia de Agrippa; ni siquiera sus defensores. Para sus contemporáneos, este físico era lisa y llanamente un brujo. Los tres matrimonios desgraciados que tuvo; su fealdad; sus ideas novedosas respecto a la práctica de la medicina; hasta el perro negro de que hacíase acompañar en continuos exilios y peregrinaciones... ¡todo parecía ponerse en su contra!

Respecto de este perro, a quien el alquimista llamaba «Monsieur», se dijo que era el Diablo mismo encarnado en ese animal que no lo dejaba ni a sol ni

(1) Rabelais: *Pantagruel*, Liv. III., ch. 25.

(2) A. Thevet: *Portraits et vie des hommes illustres*, Vol. II.

(3) P. Delancre: *Cuadro de la inconstancia de los demonios y malos ángeles*.

a sombra. Samuel Butler recogió más de un siglo después, en el poema heroico cómico que lo haría famoso, la extravagante leyenda:

«Agrippa kept a stygian pug,
I'th'garb an habit of a dog,
That was his tutor, and the cur
Read to th'ocult philosopher,
And taught him subtly to maintain
All other sciences are vain» (4).

Tal cúmulo de falsedades tuvo, para aquella época de supersticiones dilatadas, cierta base de realidad. Por ejemplo, en su libro *Paradoja sobre la incertidumbre, vanidad, y abuso de las ciencias*, Agrippa trata de demostrar que «no hay cosa más perniciosa y perjudicial a la vida, nada más pestilencial a la salud de las almas que las artes y las ciencias». Esta actitud con los artesanos físicos de su tiempo, le echa medio mundo encima. En seguida pasando revista a la clasificación de los conocimientos humanos, añade que cada una de las ramas en que estos se dividen «proporcionan al hombre más males que bienes». Y aquí termina de echarse encima, en el campo profesional, la otra mitad de sus contemporáneos. Y se sabe que no

(4) S. Butler: *Hudibras*.

La palabra *pug* es una expresión cariñosa para denominar a un animal doméstico, pequeñín, a quien se quiere. Se aplica generalmente a los perros como el americanismo *picho*.

(Agrippa tiene un «picho» estigio—con las apariencias y hábitos de un perro,—el cual es su tutor; y el despreciable le lee al filósofo ocultista,—y le enseña con sutileza a sostener—que todas las otras ciencias son vanas).

hubo ni habrá nunca peor enemigo que el del mismo oficio.

En cuanto a su fe en las ciencias ocultas habría mucho que decir a su favor. Es verdad que durante algún tiempo Agrippa se dedica con ardor al estudio de la alquimia; actitud de la que no se libra hasta comienzos de la Edad Moderna ninguno de los experimentadores europeos, entre otras razones porque la riqueza, a pesar de lo dicho en contra, es una meta muy compatible con el ejercicio profesional, y para la ciencia del Medioevo fué creencia casi dogmática la teoría de la transmutación de los metales; lo que vale decir que no era cosa de mirar en menos la posibilidad de convertir el plomo en oro. Sin embargo, adelantándose a sus contemporáneos, Agrippa reniega con frases de amargura intensa de sus frustradas experimentaciones: «He perdido el tiempo y dinero que Ud. me ha enviado—le escribe a quien le ayudara en tales búsquedas—y estoy achacoso, viejo, muerto de hambre, vestido de harapos, sucio y paralítico; y por andar siempre con una dosis de mercurio, soy además un asqueroso que me llevo arrojando mocos por la nariz... En suma, me encuentro tan desgraciado, que vendería a Ud. de buena gana la vida y hasta el alma».

Tanto horror por su propia naturaleza, bien pudo hacerle desear un pacto con el Diablo... ya que nada quería con los monjes, a cuyo recogimiento claustral de meditación y penitencia parece que nunca le pasó en mientes acudir; y me afirmo en esta idea, por lo que él mismo opina en un agrio párrafo de su libro más arriba citado sobre el discurrir de los días tras el silencio de los muros conventuales. «Allí—dice—van

a parar, para que los mantengan, todos los bribones sin conciencia y sin temor a las leyes puesto que no se encuentran seguros en parte alguna, después de haber disipado sus patrimonios en casas de prostitución, garitos y tabernas, y estar llenos de deudas. Este es el gran mar en que viven en compañía de otros peces, Behemot y Leviathan, monstruos enormes y extraños reptibles, cuyo número es infinito».

A pesar de sus intemperancias, Agrippa debe considerarse entre los precursores de la medicina experimental. Pensador contradictorio (sus libros *Filosofía oculta* y *Paradoja sobre la incertidumbre, vanidad y abuso de las ciencias* se hacen fuego mutuamente) abre, sin embargo, entre los primeros, una clara posibilidad a los estudios psiquiátricos, muy elementales en su época por los prejuicios que introdujo el demonismo de tanto arraigo en la sociedad occidental durante los siglos medios. La amargura que Agrippa destila de sus escritos débese no a falta de méritos, sino, al contrario, a su firme convicción de que era menospreciado injustamente. Sabía él que estaba impedido por sus propias convicciones para competir con los médicos de su tiempo, y cómo eran de miserables las armas de que éstos se valían para triunfar. Según sus palabras, la mayor reputación la alcanzaban aquellos que eran recomendados «por los trajes espléndidos, los muchos anillos y joyas, una patria distante, viajes tediosos, una religión extraña, especialmente la indoísta y la mahometana, y que combinan con estas cosas una monstruosa desvergüenza en el elogio de la medicina y curaciones». Tales comediantes—continúa—«observan de la manera más exacta los instantes y las horas, dispensan su medi-

cina siempre de acuerdo con el calendario astrológico y cuelgan toda clase de amuletos sobre el paciente. Las medicinas sencillas y vernáculas son completamente descuidadas. Se prefieren costosos remedios extranjeros, que se mezclan después en cantidades tan enormes que la acción de uno es neutralizada por la de otro, de manera que no hay sagacidad humana que pueda prever los efectos que sobrevendrán de tan abominable mezcla».

En pago de estas verdades ácidas, sus contemporáneos le inculparon, como ya dijimos, de lo más grave que en aquel entonces se podía acusar a un hombre: ¡de tener pacto con el Diablo!...

Cuéntase que estando próximo a morir, un amigo lo exhortó a que se arrepintiese. Entonces Agrippa llamó a «Monsieur», su perro familiar (1)—y que para el vulgo era el demonio que el médico tenía a su servicio—y quitándole un collar de clavos que formaban una inscripción mágica, le dijo con desfallecida voz: «¡Vete, desdichada bestia; tú eres quien me has perdido!»

Agrippa, médico ilustre, maldito por la supersticiosa conciencia de una época sombría, murió en extrema miseria, en la frialdad de una buharda mezquina, sin otra mirada de amor que la de *Monsieur* su compañero en la buena y la mala fortuna. No creo, pues, en la frase brutal que se le atribuye para despedirse del único amigo leal que tuvo en este mundo. Mas bien se daría como suya la frase atribuida a Jousсенel: «Mientras más conozco a los hombres, más quiero a mi perro».

(1) Los perros de Agrippa eran dos: «Monsieur» y «Madame».

* * *

El aire «numinoso» (1).—En la Edad Media este calofrío de lo supranormal en que se mueven las vidas de los grandes representantes de la cultura europea, se extiende al mismo tiempo, unánime, a todo este período de preocupaciones intensas.

Un mundo mágico de dioses, ángeles y demonios se confunde y transmuta determinando una constante preocupación escatológica en los más esclarecidos cerebros, presuntos herederos de la cultura de Grecia y Roma, pero que al hundirse en esta mitología elemental a que acabo de referirme, rompen con ello la creciente superación racionalista que había marcado en el siglo de Pericles el ápice del esplendor ateniense, y se precipitan en un infrarreligiosismo de carácter,

El origen de la nueva inquietud, es cierto, hay que buscarlo en los nódulos en que se interfieren los puntos de vista sembrados en los albores del pensamiento científico por la Filosofía Griega con el de las creencias de las primeras generaciones cristianas. Examinemos, pues, en una mirada de conjunto el significado de estos valores teogónicos—*ángeles, demonios y dioses*—de acuerdo con los hitos de su propia historia.

Comenzaré por los primeros en el orden que acabo de enumerarlos.

(1) La palabra «numinoso» pertenece al vocabulario del alemán Rodolfo Otto, y con ella este profesor de teología designa esa sensación de *algo real* con que ciertas emociones religiosas se vierten hacia el campo sensorio de lo que existe objetivamente; las voces del misterio que aterrorizan a las almas cuando emergen desde el fondo de la noche o de la sima profunda donde se engendran los fantasmas de nuestros sueños.

ANGELES

San Pablo los califica de «espíritus administradores, enviados para servicio en favor de los que han de heredar la salud» (1).

La explicación del Apóstol conviene, también, a la propia etimología del término: en griego «aggelos», del que deriva el latín «angelus», significa *Mensajero* o *Portador de una nueva*; de ahí que los cristianos cuando hablaban de los ángeles no se refirieran a la naturaleza misma de estos espíritus sino a la misión por ellos desempeñada. Pareja creencia es la que enseñan los Profetas. En función de *mensajeros* aparecen los ángeles en Ezequiel (2) y en Zacarías (3) y esta, así como el de intérpretes de las profecías, es la índole de sus trabajos de acuerdo con las referencias que de ellos se hacen en los libros de los *Reyes*, de *Job*, de los *Salmos*...

En el cuarto Concilio de Letrán, en el capítulo *Firmiter*, se dice que «Dios con su virtud omnipotente ha sacado de la nada desde el principio de los tiempos a las dos distintas naturalezas, la espiritual y la corporal; o por mejor decir, la angélica y la humana». Para los católicos, pues, el hecho de la esencia espiritual de los ángeles, a más de una verdad incontable desde el punto de vista de la tradición, es una verdad dogmática. Pero esa espiritualidad no siempre fué considerada como desprovista de *una especie* de cuerpo; muchos Padres de la Iglesia le atribuyeron

(1) Heb. I, 14.

(2) XL, 3 y sg.

(3) I, 8; II, 1 y sg.

uno, de substancia sutil, formado del aire puro de las alturas. Orígenes, por su parte, los imagina como una encendida llama... (1).

La idea de que los ángeles poseen una cierta corporeidad proviene de su diferencia con Dios que está siempre «en la tierra, en el cielo y en todo lugar»; en tanto que ellos, aunque se muevan con la rapidez del pensamiento en el espacio infinito, como no tienen el don de la ubicuidad, propio del Padre, únicamente deben siempre ocupar un lugar equis, de ahí que resulte imposible imaginarlos fuera de una delimitación especial. Por otra parte los ángeles poseen, como el alma humana, categoría personal; cumplen funciones individuales e integran ciclos jerárquicos diversos. ¿Cómo, entonces, podrían distinguirse los unos de los otros si la sustancia de que están hechos no se presenta con cierta corporeidad?

A pesar de estas argumentaciones, la mayoría de los teólogos contemporáneos, católicos o protestantes (aunque Roma no se ha pronunciado a este respecto) siguen las enseñanzas del Doctor Angélico que dictamina que los ángeles «no están compuestos de materia ni forma» (2).

(continuará)

(1) *The Writings of Origen*, b. II, ch. VIII. (Versión inglesa de Frederick Crombie. Edinburg, 1895).

(2) *Sum. Theol.* Ip. q. 50, art. 4.